

Presentación del libro

CIUDADES PARA CONVIVIR: SIN VIOLENCIAS HACIA LAS MUJERES

por Ana Falú

Santiago, Colegio de Arquitectos de Chile, viernes 20 de julio de 2007

Hola, buenas tardes a todos y a todas.

Para hablar de este libro “Ciudades para convivir: sin violencias hacia las mujeres”, yo quería decir, al igual que lo hacen María Ángeles Durán y Carlos Hernández Pezzi en su libro *La ciudad compartida*, que la buena organización de la convivencia tiene que permitir la participación en lo común, pero también tiene que salvaguardar la protección a lo distinto y a lo específico. Y este libro que hoy presentamos aquí, que hemos editado Olga Segovia y yo, trata de alguna manera de esto, de lo distinto, de una mirada a lo diferente, a lo distinto en la ciudad y a los nuevos desafíos que presentan las ciudades latinoamericanas. Esta publicación es realmente un producto inicial —que creemos valioso— del programa “Ciudades Seguras” que está llevando adelante UNIFEM América Latina, y que coordina la oficina de UNIFEM Brasilia, que está bajo mi dirección.

Como lo digo en el prólogo de esta publicación, sin duda este proceso de globalización que nos toca vivir mundialmente afecta y cambia la vida de las ciudades. Una de las más significativas consecuencias de la globalización, de las políticas de ajuste estructural impulsadas en la década de los 90, ha sido sin duda la transformación en el modo de vivir y pensar las ciudades; específicamente, cómo se están planificando y gestionando estas ciudades y de qué forma podemos construir una convivencia más democrática en el territorio urbano.

En América Latina, las grandes ciudades están marcadas por fuertes desigualdades sociales y económicas, las que se expresan en el territorio. Se expresan en segregación, en fragmentaciones sociales y territoriales cuyo impacto es diferente según se trate de hombres o mujeres y de distintos grupos etarios. Sin duda, hay un conjunto de dimensiones que hoy nos confrontan a estas ciu-

dades complejas, más violentas, atravesadas por una serie de problemas, pero a la vez “locus” de las mayores esperanzas y posibilidades de la población.

El problema de la creciente violencia y de la inseguridad sin duda afecta al conjunto de la ciudadanía; no reconoce sectores ni clases, pero afecta de manera más particular a unos que otros. Esa violencia, que se expresa en una diversidad de dimensiones y de variables, que parece crecer, que parece multiplicarse, hoy —y no podemos negarlo— es preocupación y es punto principal de la agenda de toda mujer u hombre político que aspira a cualquier cargo de dirigencia en las ciudades de América Latina. No hay candidato o candidata a intendencia, prefectura o alcaldía que no plantee el tema de la seguridad como materia principal de la agenda de compromiso político.

Cuando nosotras hablamos de que existe violencia contra las mujeres en las ciudades, ello apunta realmente a un concepto más amplio. Queremos mirar la violencia desde un concepto más abarcador, que tiene como base el orden de género imperante, unas relaciones entre hombres y mujeres que se sustentan en pautas culturales profundamente arraigadas en nuestras sociedades, pero que, por sobre todo, evidencian el ejercicio del poder de un sexo por sobre otro. Y si bien la inseguridad de las ciudades y la violencia son particularmente relevantes en la vida de las mujeres, también quiero insistir en que las ciudades son un ámbito privilegiado. No podemos satanizar a estos espacios urbanos desde ciertos flagelos —como es el crecimiento del sida, de la violencia, como son las expresiones de la pobreza que fragmenta a los territorios urbanos—, porque también son estos territorios, estos *locus* urbanos, los espacios donde las mayores aspiraciones, los mayores deseos de romper los círculos de la pobreza, pueden tener su ejercicio.

La apuesta por ciudades más democráticas, de mayor y mejor convivencia, lleva implícita la erradicación de la violencia. Y lleva implícita la erradicación de la violencia contra las mujeres en particular, porque en la medida en que no empoderemos a las mujeres, en que las mujeres no podamos promover nuestros propios derechos como ciudadanas, va a ser muy difícil que podamos, entre todos y entre todas, avanzar en la construcción de ciudades más democráticas. De esto se trata este programa, esto aborda el programa “Ciudades seguras y sin violencias contra las mujeres” y las políticas públicas que ejecuta UNIFEM, que está financiado y cuenta con el apoyo principal, prioritario, de la Agencia Española de Cooperación Internacional, AECI. Está siendo implementado en diversas ciudades de Sudamérica, coordinadas por la oficina de UNIFEM Brasil. Pronto esperamos iniciar el trabajo en Centroamérica.

Por esto, quiero decir que me siento muy honrada, muy contenta, de que estén aquí mis colegas Teresa Rodríguez de la oficina de México, Centroamérica y Caribe Español, y Moni Pizani, de la oficina de Región Andina, con quienes hemos estado trabajando; y tenemos el gusto de que también nos acompañen aquellos con quienes estamos impulsando este esfuerzo en América Latina.

Quiero también agradecer hoy aquí a Olga Segovia, porque Olga es quien está coordinando este programa, y la verdad es que vuelvo a alegrarme que la elección de coordinadora haya recaído en ella, una arquitecta con trayectoria en los temas urbanos y de género, que ha asumido el desafío de coordinar un programa complejo, difícil, que además intersecciona temas aún en construcción y realidades complejas. Olga realmente está haciendo una tarea excelente, y esperamos seguir contando con su apoyo y con el de la institución de la cual ella proviene, SUR.

El objetivo principal del programa “Ciudades seguras y sin violencias contra las mujeres” es fortalecer el ejercicio de los derechos de las mujeres y fortalecer su ciudadanía activa. Esta iniciativa busca la inclusión de la perspectiva de las mujeres en la planificación de las ciudades, lo que es vital para el uso y para el disfrute de sus espacios públicos y de sus servicios, para el desarrollo de la vida cotidiana. Este programa da continuidad a una experiencia previa que se desarrolló en Perú y Argentina, que potenció algunas acciones en la región a través del Fondo Fiduciario de UNIFEM, y que impulsó un programa que se llamó “Ciudades sin violencias para las mujeres, ciudades seguras para todos”. Queremos aportar a la reducción de las manifestaciones de violencias, tanto privadas como públicas. Para esto, sabemos que tenemos que trabajar en una compleja articulación entre gobiernos locales, gobiernos municipales, redes específicas de mujeres y áreas de mujer de los gobiernos de las ciudades; buscar construir evidencias, potenciar, fundamentar, y tener mejores argumentos para que se entienda por qué éste es un tema prioritario para la vida cotidiana de las mujeres y, por lo tanto, para la vida de las ciudades latinoamericanas.

Yo no sé si ustedes saben, pero según datos de CEPAL, en la última década hemos pasado en América Latina de 25 ciudades de más de un millón de habitantes a más de 50 ciudades con más de un millón de habitantes. Y según el último documento que acaba de sacar UNDP, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, sobre el progreso y la situación de población en las ciudades, no sólo las ciudades de más de un millón de habitantes, o las megalópolis de América Latina, sino las ciudades intermedias son las que van a tender a aumentar su población. Estamos viviendo en un continente netamente urbano, cosa que ya sabíamos, pero que hacia el 2050 va a agudizar mucho

más esta tendencia irreversible. Estamos en América Latina con más de un 80 por ciento de población asentada en centros urbanos, centros que expresan todas estas contradicciones, estos desafíos, y entre ellos el tema de la violencia —que tiene expresiones tremendas para las mujeres, como el feminicidio—. Lamentablemente, ya hemos acuñado un término para esta situación, y para no citar los casos de Chile o de los países que pueden estar acá presentes, digo que en Pernambuco, en un solo estado de este complejo Brasil —que es un “continente”— hemos tenido, en un año, más de 250 asesinatos de mujeres. Es un tema sobre el cual cada día hablamos más, cada día se conoce más y se reconoce, sobre el cual queremos trabajar. Queremos incluir este tema no sólo en la agenda de las organizaciones sociales, sino fundamentalmente en la agenda de los gobiernos locales. Éste es el esfuerzo que estamos queriendo construir desde UNIFEM.

El libro que presentamos recoge las intervenciones que se efectuaron en el marco del seminario internacional “Ciudades sin violencia para las mujeres: ciudades seguras para todos y todas”, que fue una de las acciones de este programa. Justamente tuvimos ese seminario en la ciudad de Santiago de Chile, el año pasado, y lo hicimos en el centro de AECI. El propósito de ese seminario fue debatir y avanzar en la producción de conocimiento sobre las diversas manifestaciones de la violencia que afectan de manera particular la vida de las mujeres.

Yo quiero decirles que la violencia todavía tiene un signo masculino. Hay que reconocer que la violencia que se recoge en estadísticas, en las comisarías, aquella que se expresa en la cantidad de población masculina en las cárceles de América Latina, es de hombres. Pero esa violencia, que es masculina y que todavía afecta de una manera prioritaria a los hombres, tiene un efecto poderosísimo sobre las vidas de las mujeres. Y si bien no tenemos todavía jurisprudencia, no tenemos todavía evidencias recogidas que den cuenta de la relación “violencia urbana y vida de las mujeres”, suficientes para hablar del tema como debiéramos, sí sabemos que el temor que genera la violencia creciente —y el rol que desempeñan los propios medios de comunicación en el tratamiento de estos temas— afecta poderosamente la vida de las mujeres.

Las mujeres de los sectores populares no dejan de trabajar por el temor a la violencia, siguen saliendo de sus barrios, de sus poblaciones, a oscuras, atravesando territorios inhóspitos, parándose a esperar en paradas de buses no suficientemente acondicionadas para protegerlas de esas sensaciones de temor, porque necesitan trabajar. Pero las mujeres, y sobre todo las mujeres jóvenes, dejan muchas veces de salir, de recrearse, de estudiar y de hacer otro tipo de

actividades, porque tienen temor a usar la ciudad, que debería ser un espacio de uso y disfrute de todos y de todas.

Estos son los temas que realmente nos preocupan: el derecho a la autonomía de las mujeres jóvenes, el derecho de las mujeres jóvenes a salir a usar y disfrutar la ciudad, el derecho de las adultas mayores, de las mujeres todas, porque todas somos merecedoras de esa atención pública tan necesaria. Nos preocupa cómo hacer para que estos temas sean trabajados debidamente y no se termine culpabilizando a las mujeres cuando sufren algún tipo de violencia en los espacios públicos.

Estoy tocando cuestiones quizás muy generales, pero éste es el abordaje general que queremos llevar a temas mucho más sutiles, más elaborados, entre todos y entre todas.

Para cerrar esta breve introducción, quiero agradecer al arquitecto Alberto Montealegre por prestarnos esta casa, por abrir esta presentación y por recibirnos acá en el Colegio de Arquitectos. Como muchos de ustedes saben, mi profesión de base es arquitecta y urbanista. Entonces, tengo un cariño muy especial por estos temas y un compromiso muy profundo con ellos.

Quiero agradecer a Ximena Valdés, una amiga y colega, contraparte de UNIFEM, directora de CEDEM, por comprometerse a hacer un comentario de este libro, y esperamos realmente sus duros comentarios para poder avanzar. Espero que lo sean, conociendo la rigurosidad de Ximena.

Quiero saludar a todos y todas quienes están presentes en este momento acompañándonos, pero de manera muy especial a Alfredo Rodríguez, porque él es un querido amigo —no voy a decir viejo amigo, porque ambos somos muy jóvenes— y, desde la dirección de SUR, es una de las contrapartes de este programa. En su nombre quiero saludar a las ONG contrapartes aquí presentes y a las redes involucradas en este programa. No puedo dejar de agradecer a las contribuciones que se han hecho en este libro, y mencionar no sólo a Alfredo, sino a Paula Rodríguez, a Marisol Saborido y a Liliana Rainero, que han puesto un esfuerzo y una cuota muy especial de compromiso para que este libro pudiera ser editado por Olga Segovia y por mí misma.

Agradezco a las amigas feministas que están acá presentes, a las amigas y colegas, y queremos decirles que éste es un tema desafiante, un tema sobre el cual tenemos que comprometernos a seguir trabajando, porque sin duda la violencia y la percepción de la violencia son el mayor límite a la libertad de las personas. Tenemos que trabajar para que estos límites puedan ser forzados, transgredidos, hacia la libertad y la flexibilidad, el disfrute democrático de nuestras ciudades.

La publicación que hoy presentamos constituye una mirada nueva a las situaciones de violencia, que sin duda son fenómenos complejos que necesitaremos develar, denunciar, mitigar entre todos y entre todas. Esperamos contribuir desde UNIFEM en este sentido. Éste es un punto de partida, es un libro que aporta a iniciar y a dar continuidades desde una nueva intersección a temas que hacen un debate conceptual difícil: seguridad y violencia. Hay complejidades muy profundas en esto.

Quiero cerrar esta presentación, como lo hacemos con Olga en el propio libro, recuperando otra reflexión de María Ángeles Durán y de Carlos Hernández, y decir que *“las ciudades son al mismo tiempo compartidas y excluyentes. A quienes las viven y las aman les toca transformar esta realidad para acercarlas al modelo al que aspiramos para el próximo futuro”*.

Muchas gracias por acompañarnos aquí, hoy.